

Recensiones



López, Luisa; Molina, Martín; Pardo, Daniel; Piedrahíta, Jonathan; Rojas, Laura; Tejada, Natalia y Zelik, Raúl (Comps.),
¿Otros mundos posibles? Crisis, gobiernos progresistas,
alternativas de sociedad. Medellín: Universidad Nacional
de Colombia - Fundación Rosa Luxemburgo, 2012, 176 p.

*Edwin Cruz Rodríguez*¹

Este libro reúne diez estudios sobre la realidad política contemporánea de América Latina, presentados en mayo de 2011 en un seminario del mismo nombre, organizado por el grupo de investigación “Alternativas de Sociedad” en la sede Medellín de la Universidad Nacional de Colombia. Sus ejes transversales pueden resumirse en: los desafíos que encaran los procesos de transformación y emancipación social, las tensiones entre movimientos sociales y gobiernos, y los límites que enfrentan sus intentos por construir un modelo de desarrollo alternativo.

La primera parte, “Crisis de representación, estatalidad y nuevas subjetividades democráticas”, reúne cinco ensayos. En el primero, Andrés Antillano examina el sujeto popular urbano en Venezuela y su relación con el gobierno bolivariano. Este sujeto emerge como respuesta a la crisis del mundo del trabajo, y su núcleo no es la fábrica, sino los barrios de desempleados y trabajadores precarizados. Sus repertorios de acción —tumultos, asambleas autoconvocadas— cuestionan la democracia representativa. Por ello, no puede comprenderse mediante los conceptos de “movimiento social”, pues más que organizado es un sujeto movilizad, y “comunidad”, pues no lucha por demandas particularistas, sino por un cambio de orden desde una perspectiva clasista. Debido a la centralidad del Estado, gracias a la renta petrolera este sujeto puede situarse fuera del Estado, pero difícilmente puede actuar sin él. Ello ha ocasionado intentos de cooptación por el nuevo bloque dominante.

1. Politólogo, especialista en Análisis de políticas públicas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia; magíster en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos de la Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia; candidato a doctor en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales e integrante del Grupo de Investigación en Teoría Política Contemporánea de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas de distintos países. En 2011 obtuvo el primer lugar en el premio de ensayo sobre América Latina (categoría estudiante de doctorado) del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá, España. Correo electrónico: eacruzro@gmail.com.

Seguidamente, Klaus Meschkat revisa el debate sobre la democracia consejista en perspectiva comparativa con los consejos comunales venezolanos y extrae algunas preguntas para este caso. Venezuela tiene un contexto económico propicio para ello gracias a la renta petrolera, pero esos fondos deben administrarse con la lupa de un poder democrático, para evitar la corrupción. Las resistencias al proceso revolucionario vienen de la institucionalidad vigente que no se destruyó. Chávez optó por obviar la maquinaria estatal y lanzar las Misiones, directamente financiadas por la Presidencia desde 2003. En este empeño enfrentó un desafío homólogo al que Lenin encaró por las tensiones entre los *soviets* y el partido, fomentar la participación ciudadana a riesgo de perder su propio poder.

Luego, Leopoldo Múnera examina dos enfoques sobre la relación entre sujetos emancipatorios y Estado: la “forma comunidad”, defendida por Raúl Zibechi, y la “forma Estado”, sustentada por Álvaro García Linera. Según Múnera, Zibechi privilegia la sociabilidad preestablecida sobre aquella orientada a la acción colectiva, y por eso critica las perspectivas que enfatizan en lo institucionalizado sobre lo instituyente, como la de García, quien opta por el paradigma dominante de la sociología de la acción colectiva, haciendo una lectura crítica. Múnera prefiere un camino intermedio entre la visión romántica de la comunidad y la concepción del Estado como síntesis de la colectividad. Los movimientos sociales no deben desentenderse del Estado, primero, por la complejidad y heterogeneidad del mundo contemporáneo, que hace necesaria una organización capaz de tramitar pacíficamente los conflictos, y segundo, porque es necesario pensar la “transición”. Así pues, se inclina por una relación de permanente tensión e interlocución.

En el capítulo cuarto, Patricia Chávez realiza un análisis de las limitaciones del proceso de transformación en Bolivia, desde 2000. Aquí hubo dos horizontes: primero, la apuesta por construir una forma de gobierno más allá de la institucionalidad estatal, el capitalismo y el colonialismo, y segundo, un proyecto moderado que se piensa dentro de los ámbitos del Estado. Pero no por estar ocupado por sectores populares el Estado deja de ser capitalista, patriarcal y colonial. De ahí la crítica creciente de sectores sociales e indígenas a las incoherencias del “Estado de los movimientos sociales”. Las “contradicciones” entre actores con proyectos distintos se evidencian con el creciente protagonismo de empresas transnacionales y élites privadas en el gobierno de Evo Morales.

Para terminar esta parte, Raúl Zelik hace un sugestivo análisis del grado en que los gobiernos progresistas pueden contribuir a la emancipación social, en comparación con las experiencias de izquierda y centroizquierda en Europa, que fueron funcionales a las reformas neoliberales. Sostiene que no da igual quién gobierna, y la emancipación no necesariamente avanza a partir de gobiernos progresistas. En América Latina estos gobiernos han contribuido al fortalecimiento del Estado en su papel distribuidor, pero también han sentado las bases para el modelo de acumulación extractivista. La emancipación es un proceso más complejo que copar el poder estatal, por ello echa mano de categorías de Poulantzas y Deleuze/Guattari para una mejor comprensión del Estado. La emancipación va más allá del Estado: aunque pasa necesariamente por él, solo puede venir del empoderamiento directo de los subalternos. Así, el gobierno de izquierda es importante mientras fomente ese empoderamiento, porque ni el gobierno ni el Estado son agentes de emancipación.

La segunda parte, “Alternativas al desarrollo, economía solidaria y propiedad común”, también comprende cinco contribuciones. Elmar Altvater pone de presente que existe una contradicción entre las leyes del capitalismo, acumulación y crecimiento infinitos, y las leyes de la naturaleza. Ello ha sido demostrado por la catástrofe de Fukushima, un punto de inflexión o límite objetivo al crecimiento, como los que han sido desconocidos por la teoría económica, que obliga a entender que el capitalismo es inviable sin acumulación y a examinar alternativas como el decrecimiento y el poscrecimiento.

Enseguida, Pablo Ospina estudia las limitaciones del gobierno de la Revolución Ciudadana en Ecuador, centrándose en el bache entre su retórica y sus acciones. Aunque en la Constitución se consagró la filosofía del buen vivir como alternativa al desarrollo, las realizaciones del Gobierno le permiten sostener que quizás lo que se persigue es un modelo industrializador desarrollista inspirado en la experiencia de Corea o Taiwán. Ello explica por qué en la misma retórica del presidente Correa se defiende la mercantilización de la naturaleza, y el hecho de que aunque se ha aumentado el gasto público, la inversión productiva del Estado y el recaudo, no se ha avanzado hacia un modelo de desarrollo posprimario-extractivista, pues la redistribución del ingreso y la reducción de la pobreza se estancaron, y la redistribución de los factores de producción agrarios no empezó.

Posteriormente, Jairo Estrada analiza la política social de los gobiernos progresistas. En esta materia no se ha podido salir del “neoasisten-

cialismo”, excepto en el caso venezolano, e incluso se mantienen estructuras económicas neoliberales en materia tributaria y una constante preocupación por el equilibrio macroeconómico. La diferencia es que mientras los gobiernos de centroizquierda, como Brasil y Uruguay, tienen como meta el “neoasistencialismo”, Bolivia, Ecuador y parcialmente Venezuela lo conciben como una etapa necesaria pero superable. Esa estrategia de política social es rentable por sus bajos costos en comparación con sus beneficios, en términos del afianzamiento electoral de los gobiernos. Todo ello hace pensar que, más que un proceso transformador, existe una recomposición de la clase dominante en términos de sus facciones y coaliciones internas y externas.

Después, Christian Siefkes examina las prácticas del movimiento de *software* libre y la cooperación no remunerada, como posibles cimientos de una sociedad basada en los bienes comunes. Tal movimiento ha sido capaz de desmercantilizar ciertas áreas utilizando los medios del capitalismo. Internet hace que la gente que tiene intereses comunes trabaje en función de cosas (interés, afecto, autodesenvolvimiento) distintas a la remuneración. Además, si el capitalismo requiere la propiedad privada y el Estado que garantice los derechos de propiedad, una sociedad basada en los bienes comunes hace superfluas esas instituciones, porque la producción, desde el principio y no solo al final, como en el capitalismo, tiene un carácter social orientado a las necesidades.

Finalmente, Aaron Tauss examina la recuperación de sus lugares de trabajo por parte de los trabajadores en Argentina, luego de la crisis de 2001. Existieron dos tendencias: en unas empresas se tuvo como objetivo la lucha política y la emancipación social, mientras que en otras se persiguió consolidar la seguridad laboral. Empero, en ambos casos hubo experiencias importantes de solidaridad y nuevas formas de participación y representación que desafiaron las tradicionales, basadas en el sindicato. Estas experiencias enfrentaron obstáculos del Estado, como la incierta situación jurídica de las empresas recuperadas; del mercado, como la presión competitiva de otras empresas, y a nivel interno, la “miopía de la autoayuda”, pues muchas veces las perspectivas no fueron anticapitalistas, sino para mejorar las condiciones de trabajo.

En su conjunto, la obra ofrece un panorama muy completo del problema que aborda. Los análisis no se restringen al registro académico comprometido, sino que se incluyen trabajos de militantes directamente vinculados a la acción política. No obstante, aunque es loable el esfuerzo por resaltar las formas como en América Latina se piensan fenómenos

como los movimientos sociales, en algunos trabajos se echa de menos una discusión con las categorías dominantes, las cuales se dan por entendidas o se rechazan sin una crítica fundamentada. Esto pasa con el concepto de movimiento social.

El trabajo de Andrés Antillano, por ejemplo, afirma que el sujeto urbano popular en Venezuela no puede comprenderse bajo esa categoría, pues define al movimiento por su exclusión en relación con el Estado, enfatiza la organización más que la movilización y sustituye el conflicto de clase por el antagonismo entre Estado y sociedad civil. Si bien esta caracterización es útil para comprender las características del sujeto urbano popular, está basada en una desfiguración del concepto de movimiento social tal como lo ha planteado el paradigma dominante, pues este parte de que no puede haber acción colectiva sin una organización aunque sea informal y mínima, no excluye a priori la posibilidad de un marco de acción colectiva basado en reivindicaciones de clase y problematiza las relaciones de los movimientos con las instituciones.² Muchas veces, al desconocer de plano estos enfoques se corre el riesgo de “descubrir el agua tibia” o incurrir en interpretaciones que suponen las realidades latinoamericanas como totalmente particulares y exóticas o incomparables.

Por otra parte, si bien hay trabajos que mantienen una perspectiva basada en un cierto esencialismo en su visión del Estado, también hay contribuciones, como la de Zelik, que sientan las bases para pensar el problema de modo más complejo. Aunque su enfoque por momentos se ve opacado por la retórica posestructuralista, el politólogo alemán sugiere una paradoja: es casi imposible gobernar de forma alternativa el Estado liberal burgués, por sus estructuras de poder subyacentes, pero acabar con el Estado tampoco ha demostrado ser una opción, si se tiene en cuenta que las reformas neoliberales revelaron que no es el principal sustento de la sociedad burguesa: no solo reproduce el poder de clase, sino también puede limitarlo y fomentar la democracia. En América Latina las limitaciones del Estado tienen que ver también con el proceso de transición: el extractivismo se explica porque las nuevas élites políticas necesitan legitimidad y por ello necesitan recursos para hacer asistencia-

2. Véase por ejemplo: McAdam, Doug; McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (Eds.) (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo, 1999; McAdam, Doug; Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.

lismo. Así, las políticas progresistas son obstaculizadas por las estructuras estatales, pero también la lógica comunitaria local sintoniza con la descentralización y autogestión neoliberal, lo que llevaría a decir que no puede haber transformación que no pase por el Estado. Sin embargo, para Zelik el aporte real de los gobiernos de izquierda y centroizquierda a la emancipación social debería medirse en términos del empoderamiento de las clases populares. Esta es su verdadera limitación.

Todos los trabajos plantean hipótesis interesantes para pensar las limitaciones de los gobiernos progresistas, pero no todos tienen en cuenta, como lo hace Ospina, que así como el extractivismo se explica por las necesidades de afianzamiento de una clase política, los recursos que ingresan por la explotación de la naturaleza también producen estructuras de poder que limitan los procesos de cambio. Así mismo, otra gran limitación es la restricción de gobiernos revolucionarios que llegaron al poder por la vía democrática y que están imposibilitados para tomar ciertas decisiones transformadoras o tienen mucho cuidado en no generar una conflictividad extrema, como la que produciría una revolución. Como afirma el mismo Ospina: “La historia enseña que no puede haber revolución sin revolución”.

Quizás la principal omisión del libro sea justamente la ausencia de una discusión sobre las distintas concepciones de revolución que se han insertado en los procesos políticos contemporáneos de América Latina. Con todo, el capítulo de Siefkes, que resalta las potencialidades de ciertas prácticas del movimiento de *software* libre para transitar hacia el comunismo, es una invitación a pensar una revolución “otra”.